

Romper aguas

Julieta Vitullo*

Resumen

En diciembre de 2006, la investigadora Julieta Vitullo viajó a las Islas Malvinas con la idea de escribir un diario que sirviera de epílogo a su tesis doctoral sobre la literatura y el cine en torno a la guerra de 1982. Allí conoció, por casualidad, a dos ex combatientes que regresaban por primera vez a las islas luego de haber participado como soldados conscriptos en la guerra, veinticinco años atrás. Julieta se unió a su viaje y filmó diez horas de material. Su tesis doctoral daría lugar al libro *Islas imaginadas. La guerra de Malvinas en la literatura y el cine argentinos* (Buenos Aires: Corregidor, 2012). El material filmico recogido en las islas sería parte del documental *La forma exacta de las islas*, dirigido por Edgardo Dieleke y Daniel Casabé (2014). Esta crónica, escrita originalmente en inglés en 2017, salió publicada en la revista *The Normal School* (Universidad Estatal de California en Fresno, primavera de 2020) con el nombre de “Broken Waters” y da cuenta de hechos ocurridos en los meses siguientes a aquel viaje de 2006 y durante toda la década siguiente.

Palabras clave: Guerra de Malvinas, memoria, narrativa.

Abstract

In December 2006, the researcher Julieta Vitullo traveled to the Malvinas Islands with the idea of writing a diary that would serve as the epilogue of her doctoral dissertation on the literature and cinema about the 1982 war. Once in the islands, she came across two ex-combatants who were returning for the first time after having participated as conscript soldiers in the war, twenty-five years earlier. Julieta joined their trip and shot ten hours of footage. Her doctoral dissertation became the book *Imagined Islands. The Malvinas War in Argentine literature and cinema* (Buenos Aires: Corregidor, 2012). And the images filmed in the islands became part of the documentary *The exact shape of the islands*, directed by

* Escritora y dramaturga bilingüe independiente. Seattle, EEUU. julivitu@gmail.com

Edgardo Dieleke and Daniel Casabé (2014). This chronicle, originally written in English in 2017, was published in *The Normal School* magazine (California State University in Fresno, spring 2020) under the name "Broken Waters". It discusses the events that occurred in the months following that trip of 2006 and throughout the following decade.

Keywords: Malvinas War, memory, narrative.

Resumo

Em dezembro de 2006, a pesquisadora Julieta Vitullo viajou para as Ilhas Malvinas com a ideia de escrever um diário que serviria de epílogo para sua tese de doutorado sobre literatura e cinema em torno da guerra de 1982. Lá conheceu, por acaso, um dois ex-combatentes que regressavam pela primeira vez às ilhas depois de terem participado como soldados recrutados na guerra, há vinte e cinco anos. Julieta juntou-se à viagem e fez dez horas de filmagem. Sua tese de doutorado daria origem ao livro *Ilhas Imaginadas. A Guerra das Malvinas na literatura e no cinema argentinos* (Buenos Aires: Corregidor, 2012). O material filmico coletado nas ilhas faria parte do documentário *A forma exata das ilhas*, dirigido por Edgardo Dieleke e Daniel Casabé (2014). Esta crônica, originalmente escrita em inglês em 2017, foi publicada na revista *The Normal School* (California State University em Fresno, primavera de 2020) sob o nome "Broken Waters" e relata eventos ocorridos nos meses seguintes a essa viagem de 2006 e ao longo a década seguinte.

Palavras-chave: Guerra das Malvinas, memória, narrativa.

Los recipientes de vidrio se amontonaban uno al lado del otro en un espacio angosto. Un zumbido suave y cada tanto un bip emanaban de los pocos recipientes ocupados. Un aroma casi agradable se mezclaba con el penetrante olor a desinfectante que se esparcía por todo el hospital, mientras las lámparas en el cielorraso echaban una luz más suave que la de los tubos fluorescentes a los que ya me había acostumbrado. Dentro de la inmensa concavidad de esos vientres transparentes descansaban pequeños cuerpos envueltos en una tela blanca. El cuerpo dentro del recipiente más cercano a mí no estaba envuelto en tela sino en un pañal apenas visible debajo de la maraña de cables que cruzaban de un lado al otro desde las

máquinas como anguilas anidando en una cueva. “Despedite de Eliseo antes de que prosigamos”, había dicho la médica unos minutos antes.

Diez años más tarde, a principios de 2017, justo antes de mi cumpleaños número cuarenta y uno, me topo en un número viejo de la *New Yorker* con una crónica escrita por Francisco Goldman, un novelista y periodista estadounidense hijo de madre guatemalteca. El texto, titulado “The Wave”, es un relato personal sobre la muerte de su esposa, la escritora mexicana Aura Estrada. El nombre de ella me suena. Lo guleo y al llegar al sitio de la *Boston Review* recuerdo dónde lo había visto: hay un premio literario otorgado *in memoriam* de esta prometedora escritora mexicana. Leo la biografía que aparece en la página. El tiempo de su vida es corto, tan corto que nació un año después que yo y murió hace ya unos diez años: Aura Estrada, 1977-2007. La foto muestra a una chica sonriendo a la cámara, la cabeza levemente inclinada y las mejillas relucientes. Siento una versión intensificada de esa cosa extraña que me viene al estómago cuando, muy cada tanto, me entero de la muerte de alguno de mis contemporáneos. La página me manda a uno de sus escritos. Cierta disposición de las palabras y los temas me recuerdan a una versión más joven de mí misma. Estremecida por esa curiosidad morbo de la que somos presa al enterarnos de que alguien se murió antes de tiempo, vuelvo a los resultados de la búsqueda y sigo leyendo.

Descubro que el cumpleaños de Aura era el 24 de abril, cuatro días antes que el mío; que había comenzado su doctorado en el departamento de español de la Universidad de Columbia, al mismo tiempo que yo empezaba el mío en el departamento de español de Rutgers; que había venido a Estados Unidos con una beca Fulbright, igual que yo; que solía tomar el subte en la estación de Borough Hall en Brooklyn para ir a la facultad en Manhattan, la misma estación que yo utilicé docenas de veces para ir a trabajar a un mercado de frutos durante las vacaciones de verano; que era una escritora precoz y prolífica, como lo había sido yo hasta que dejé que la academia me quitara las ganas; que desconfiaba del cinismo de los académicos respecto de la ficción y que, como supo que ante todo ella quería ser escritora, comenzó una maestría en escritura creativa en Hunter al mismo tiempo que continuaba su

doctorado (yo nunca tuve el coraje de hacerlo y a veces lo lamenté); que tenía una tostadora eléctrica que marcaba cada rodaja de pan con un logo de Hello Kitty (¡yo quiero una!). Me enteré de muchas de esas cosas en la crónica de Goldman en la *New Yorker*. El texto es una adaptación de la novela autobiográfica, o biografía novelada, *Say Her Name*, que inmediatamente pido prestada a la biblioteca.

Goldman trata de darle sentido a la tragedia describiendo cómo él y Aura se conocieron y cómo él, veintidós años mayor que ella, se enamoró de inmediato. Ella se mudó al departamento de él en Brooklyn. Al tiempo él le propuso matrimonio y se casaron. Planeaban hijos y una vida juntos pero un día, mientras estaban de vacaciones en Mazunte, en la costa mexicana del Pacífico, a Aura la mató una ola.

Aura no era surfista, aunque Goldman cuenta sobre las lecciones de surf que tomaron en Puerto Escondido tiempo antes del accidente, el mismo fin de semana en el que él le propuso casamiento. Cuando fueron a Mazunte no surfearon, pero Aura trató de barrenar con el cuerpo la ola que la mató.

En mi caso, yo fui surfista durante la mayor parte de mi adolescencia y mis primeros años de juventud. La ola que no me mató fue una que decidí no surfear a los diecisiete años mientras estaba de vacaciones con mi novio de ese entonces en Pichilemu, en el Pacífico chileno. Nunca escribí sobre eso porque me asustaba demasiado recordarlo. Pero si Goldman pudo escribir sobre la ola asesina de Aura, ¿por qué no puedo escribir yo sobre mi ola misericordiosa?

Venía estudiando el comportamiento y el tamaño de las olas durante varios días, hasta que una mañana junté coraje para entrar al agua. Había viajado con mi *bodyboard* porque todavía no tenía suficiente experiencia con la tabla de surf. Con el body bajo el brazo, medí la distancia entre la orilla y las crestas de espuma blanca que adornaban la superficie por lo demás uniforme del mar. El olor a alga podrida y la temperatura helada del agua me envalentonaron. Me subí a la tabla y empecé a patallar.

Mi primera impresión ese día, corroborada por mi novio, fue que las olas eran chicas para lo que suelen ser en esa playa. Desde la orilla las veíamos enroscarse contra la rompiente, unos montículos de no más de tres metros. Pero al acercarme al banco de arena a treinta metros de la costa, las olas me revelaron su verdadera forma: unas montañas en movimiento,

efímeras y a la vez eternas, que se elevaban muy por encima de mi cabeza. Su fuerza gravitatoria me dejó bien claro que ya era tarde para arrepentirme. Con los pies enfundados en mis patas de rana, empecé a patalear furiosamente para no quedarme atrás.

Pero en eso una ola enorme se aproximó, más rápida que las demás. Le di la espalda y, curvando la columna como una cobra, me aferré a la tabla y empecé a patalear aún más fuerte para alejarme. Recuerdo haber entrecerrado los ojos frente al resplandor del sol que rebotaba sobre la superficie amarilla de la tabla.

Miré para atrás y me detuve un instante. La ola había avanzado más rápido que lo que yo calculaba y se había inflado tanto que era demasiado tarde para un escape o para enfrentarla y escalarla. Recuerdo haber tenido la certeza de que ninguna de las dos opciones me servía y haber sabido que mi indecisión no hacía sino empeorar las cosas. De pronto sentí cómo la ola rompía contra mi espalda con todo el poder de sus aguas sempiternas, hundiéndome hasta el fondo del mar.

El agua fría y salada se empezó a meter por mi nariz mientras la ola, que se afanaba en seguir rompiendo, me hacía dar vueltas como a un pedazo de basura oceánica. No sé cuánto tiempo pasó, pero el suficiente como para preguntarme si saldría de esto viva porque ya no aguantaba la falta de aire. Sentí la aspereza del fondo del mar en la cara, en los talones. Cada vez que la fuerza de la ola me hacía tocar fondo de nuevo me agarraba desprevenida porque lo que yo creía que era arriba era abajo y viceversa.

En un momento logré sacar la cabeza del agua y vi que ya estaba bastante cerca de la orilla. Sentí que la ola se retiraba, depositándome en un lugar más seco, más chato y menos inflado. “¡Mamááá!”, grité. Un chillido primordial.

La historia de Eliseo comienza, por supuesto, con su madre, que vengo a ser yo. Yo que decidí ir a unas islas remotas en el Atlántico Sur luego de haber pasado dos años estudiando las obras de ficción argentinas producidas con posterioridad a la guerra de Malvinas. Quería ver las islas con mis propios ojos. Quería escribir un epílogo con formato de crónica de viaje para completar mi tesis doctoral y solicité una beca para viajar a las islas.

Apenas aterrizada en Port Stanley, un pueblo de 2.000 habitantes en la isla del este, a unos 800 kilómetros de la costa argentina, conocí a Carlos y Dacio, dos excombatientes argentinos que habían vuelto a las islas después de veinticinco años. Les pregunté si podía acompañarlos en su recorrido y filmarlos con la cámara que Macarena, mi amiga más cercana en ese entonces, me prestó por si encontraba algo que valiera la pena filmar. Pasamos juntos toda la semana y Carlos y yo nos acercamos.

En *Say Her Name*, Goldman describe la agonía del día y medio que transcurrió entre el accidente de Aura y su muerte. Mi perplejidad al leer el libro es constante porque a cada vuelta de página me encuentro con alguna anécdota que me convence de que nuestras vidas están inexplicablemente ligadas. A medida que las coincidencias azarosas se van acumulando, es difícil ignorar su... ¿cómo decirlo? ¿Llamado?

¿Cuántas mujeres latinoamericanas nacidas entre 1976 y 1977 vinieron a la zona de New York/New Jersey con una beca Fulbright para hacer un doctorado en español, fueron informadas por un profesor peruano, en su entrevista de admisión, de que habían obtenido una beca completa para sus estudios de posgrado, descubrieron a Oscar Wilde a los trece años, pasaron vacaciones en la playa de Tulum, salieron con hombres mucho mayores que ellas, disfrutaron del mar, compraron una máquina para helados Cuisinart, amaron el dulce de leche y preparar cenas para sus amigos, fueron a Cuba en sus primeros años de adolescencia, escucharon a Charly García, Soda Stereo, Pixies, The Smiths y Björk, tuvieron cientos de historias inconclusas en un laberinto de archivos en sus MacBooks, y una fijación infantil por un objeto de todos los días con un personaje pop? (Mientras Aura se encariñaba con su tostadora que marcaba el pan con la silueta de Hello Kitty, yo me obsesioné con mi cuaderno de la Mujer Maravilla que me regaló Macarena para mi trigésimo cumpleaños).

Es reconfortante enterarse de las similitudes en el proceso de duelo de alguien a quien nunca conocí y probablemente nunca conozca, pero cuanto más leo, más extrañeza siento y cuanto más me relaciono con el que hace el duelo, más cerca me siento de la que lo causa. ¿Por qué la vida es tan injusta y arbitraria? ¿Por qué algunos están predestinados a irse tan

pronto? ¿Me habré cruzado alguna vez con Aura? Seguramente estuvimos en las mismas conferencias en el mismo momento y habremos conocido a gente en común. Mi directora de tesis en Rutgers, que luego se pasó a Columbia, pudo haber sido también la directora de Aura. ¿Alguna vez nos encontramos?

- - -

Goldman cita entradas de los diarios de Aura como si estuviera tratando de descifrar partes desconocidas de ella, aspectos que de hecho no habría conocido si no fuera porque su muerte lo llevó a abrir esos diarios.

En los casi diez años en los que he tenido mi cuaderno de la Mujer Maravilla en un cajón de mi escritorio, solo lo abrí un par de veces. Cada vez lo cerré enseguida, fastidiada por la meticulosidad con que describía la vida en una unidad de cuidados intensivos obstétricos o abatida por el optimismo y el sentido del humor con que me expresaba en esos días que precedieron a la corta vida de Eliseo. Al releer ahora el cuaderno, me encuentro con anécdotas que no reconozco y con otras que, en cambio, recuerdo como si fueran de hoy.

En el hospital en Buenos Aires, yo estaba en una habitación con otras siete mujeres que llevaban adelante embarazos complicados en distintos niveles de gravedad. La rotación era bastante rápida y debo de haber visto pasar por allí a al menos unas treinta mujeres durante las cuatro semanas de mi internación. Como mi estadía se iba haciendo la más larga de la unidad, yo bromeaba con que me había convertido en “veterana de la unidad de cuidados intensivos obstétricos”, porque cada cosa en esos meses la relacionaba con los temas de mi tesis doctoral – narrativa épica, nacionalismo, guerra, veteranos. Las mujeres se iban yendo en la medida en que sus casos dejaban de requerir hospitalización, ya sea porque sus condiciones mejoraban o porque sus bebés nacían o morían. A medida que unas iban saliendo, otras nuevas venían, de modo que las ocho camas quedaban siempre ocupadas.

En la cama justo enfrente de la mía había una chica de quince años con un embarazo de veinte semanas y ruptura prematura de membranas. El peligro de tener el saco amniótico abierto es que pueden entrar bacterias y provocar una infección, lo que constituye un riesgo tanto para la vida del feto como la de la madre. Con la bolsa rota y la pérdida constante del fluido amniótico, el feto es incapaz de desarrollarse. (Siempre pensé que el equivalente inglés

de esto, “rotura de aguas”, “aguas rotas”, es más poético). Aun cuando los medicamentos puedan prevenir un parto prematuro y el embarazo pueda llevarse a término, el bebé no puede formarse normalmente. Es como hornear una torta durante el tiempo adecuado, pero a una temperatura demasiado baja. La sigla para la condición de esa joven, que es la misma en la que me encontré yo en la semana veintisiete, es RPM. Pronto descubrí que los médicos y residentes se referían a ella, a mí y a las otras mujeres en la misma situación como “las RPM” – así, sin nombre ni apellido, sólo nos definía una sinécdoque. La chica de la cama de enfrente seguía hablando de su bebé en futuro, como si de verdad pensara que iba a nacer y vivir. Recuerdo sentirme indignada frente a tal engaño y preguntarme por qué nadie se había tomado el trabajo de explicarle que con una ruptura de la bolsa a esa altura del embarazo el feto no tenía ninguna chance.

Al lado de la chica, en diagonal a mi cama, había una mujer cuyo hijo de dos años estaba internado en otro hospital con un tumor cerebral mientras su madre se encontraba en este por no recuerdo qué complicación en el embarazo. Me enteré de lo de su hijo porque ella misma me lo contó un día y yo me quedé callada sin saber qué decirle. No sabía yo en ese momento que pronto la gente se quedaría callada frente a mí cuando les contara mi historia. Una mañana me desperté y la mujer no estaba. Una de las enfermeras me contó que su hijo acababa de morir y le habían dado el alta para que fuera a enterrarlo.

En la cama de al lado de la mía, estuvo internada durante un par de semanas una mujer que hablaba bajito, con una voz grave, profunda. Tenía hipertensión, cinco hijos, pelo negro radiante y un embarazo de alto riesgo. Todos los días los médicos le venían a hablar y a tratar de convencerla de que dejara de tener hijos. “Tenés que parar con esto de quedar embarazada. Vos y tu marido no tienen plata para alimentarlos y tus embarazos son siempre riesgosos”, le decían. Cuando los médicos se iban, ella se daba vuelta hacia mí y se encogía de hombros: “Es que me encanta tener bebés”, decía, “es lo único que puedo elegir hacer”.

Cuando esa mujer se fue, otra más joven, histriónica y de voz chillona, ocupó su cama. Era diabética e insistía en regular sus caídas de azúcar con Coca Cola y alfajores de chocolate. El gas de la Coca escapándose de la botella al abrir la tapa y el ruido del papel plástico del envoltorio de los alfajores interrumpían mi sueño a la hora de la siesta. Los médicos trataban de explicarle que esos picos de glucosa eran peligrosos para el bebé y se exasperaban cuando

la mujer insistía en que su método de control funcionaba. A veces terminaban todos a los gritos.

La gran mayoría de las pacientes eran mujeres muy pobres o de clase media baja que no tenían una prepaga. Venían a parar a este hospital en medio de un barrio elegante, en un ruinoso edificio colmado de médicos de primera categoría y estudiantes de la mejor facultad de medicina del país. Estos prestigiosos doctores generalmente dividían su tiempo entre dos mundos: mitad de la semana trabajan en instituciones decrepitas, viendo a pacientes de escasos recursos y formando a las próximas generaciones de profesionales; la otra mitad atendían a pacientes de clase media y alta en sanatorios privados o en sus propios consultorios. A estos médicos mi presencia en ese hospital los descolocaba un poco. No sabían cómo debían tratar a esta joven de piel bien blanca, buena educación y de clase media como ellos. Alzaban las cejas al enterarse de mis estudios de doctorado en Estados Unidos y de los rumores sobre un viaje a las Malvinas y un excombatiente. Las enfermeras y asistentes de limpieza eran de piel más oscura y después del trabajo volvían a sus casas en los mismos barrios de los que provenían las pacientes. Muchas de ellas, al principio, se mostraban desconfiadas y bruscas conmigo, pero con el tiempo se fueron encariñando y una de ellas me abrazó cuando me fui.

Sostengo mi cuaderno de la Mujer Maravilla a cierta distancia y espío algunas páginas al azar:

11 de junio de 2007: Tengo que escribir mi diario mientras Gran Hermano me vigila desde el televisor. Las enfermeras se niegan a apagarlo. Mi vida no es un *reality show*.

12 de junio: El aparato de doppler del hospital no funciona; van a posponer la ecografía.

14 de junio: Es el aniversario del fin de la Guerra de Malvinas, “el Día de la Liberación” para los isleños. ¡Pero Eliseo sigue batallando! Una amiga de mi mamá vino ayer y me dijo que veía “un aura blanca” alrededor de mí y que se suponía que eso era un buen signo.

20 de junio: Día de la Bandera: “Sé fuerte, renacuajo”.

Me encuentro con esto en la página 4 del libro de Goldman: “Los axolotls son una especie de salamandras que nunca superan el estado larval, algo así como los renacuajos que nunca se convierten en ranas”.

En la misma sección del libro, Goldman escribe sobre la vez que él y Aura fueron al Jardín des Plantes en París para buscar axolotls. Aura había descubierto hacía poco el cuento de Julio Cortázar sobre un hombre que, obsesionado con esas criaturas extrañas, va todos los días al jardín botánico de París para verlas nadar detrás del vidrio del estanque, hasta que un día se convierte en un axolotl. Como argentina, conocí ese cuento de Cortázar mucho antes que Aura y, si siento asombro al leer esta parte del libro de Goldman, no es porque me sorprenda la coincidencia de que a Aura también le gustara el cuento, sino porque me recuerda a esa criatura en la que hacía mucho que no pensaba: un renacuajo, el sobrenombre que usaba para referirme a Eliseo.

Esa frase de mi diario de las semanas en el hospital, “sé fuerte, renacuajo”, me confronta con preguntas que no quiero contestar: “¿Te habías olvidado el apodo en todos estos años en los que estuviste demasiado ocupada tratando de seguir adelante con tu vida? ¿Haberte convertido en madrastra de otro chico que está justo por cumplir diez años como Eliseo te hizo olvidar eso? ¿Ser la madre de tu propio hijo, que también nació prematuro pero saludable y sin complicaciones, te hizo olvidar cómo llamabas a tu primer bebé? ¿Te das cuenta de que tu primer hijo terminó su vida como un axolotl, una especie de renacuajo que nunca llegó a ser rana?”

Cuando leí el cuento de Cortázar hace casi tres décadas, internet no existía y no se me ocurrió buscar una enciclopedia, sino que confié en mi propia interpretación de la detallada descripción del texto para formar una imagen de cómo serían en la realidad esas criaturas. Ahora vuelvo a leer el cuento después de muchos años, me fijo en Google y descubro que los axolotls no son para nada parecidos a lo que yo había imaginado. Más bien se asemejan a un embrión en desarrollo con su apariencia anfibia, su transparencia rosada, sus hendiduras branquiales y sus colas, sus ojos sin párpados y su agilidad desmañada.

Al llegar a la mitad del libro de Goldman me entero de que, en el último año de su vida, Aura estaba escribiendo una novela titulada provisoriamente *Memorias de una estudiante graduada*. Su protagonista, una joven mexicana que está haciendo su doctorado

en literatura en Nueva York, se llama Alicia. Reconozco enseguida el gesto del escritor que elige un alter ego con la misma inicial del propio nombre: Aura/Alicia. No es raro que los escritores hagan eso y, aunque siempre me resultó un artificio un poco amateur, yo hice lo mismo en la novela que terminé de escribir el año pasado. La narradora y protagonista de mi historia se llama Jimena y tiene varias cosas en común conmigo, por ejemplo, el hecho de que estudió literatura y vive en un pueblo en Puget Sound, en el noroeste de EE.UU., parecido al pueblo en el que vivo. Jimena recibe una carta de una vieja conocida, Blanca, y trata de rastrear la historia de su vida. En cierto modo, Jimena es para mí lo que Blanca es para Jimena: un doble, una sombra, un sujeto de nuestra imaginación. Sigo leyendo *Say Her Name* y me entero de que, en la novela de Aura, la madre de Alicia (personaje presumiblemente basado en Juanita, la madre de Aura) se llama Julieta.

Me encuentro leyendo esto el 24 de abril que, por supuesto, resulta ser el día del cumpleaños de Aura. Feliz cumpleaños, Aura, hoy cumplirías cuarenta. Llevás muerta casi diez años. El próximo mes de julio, cuando vaya a la playa a lanzar barquitos de papel al mar en un ritual que cumplo todos los años en recuerdo de Eliseo, voy a lanzar también algunos para vos.

Aura

Alicia

Julieta

Jimena

Aura

Blanca

Aura blanca

- - -

En otra parte del libro leo sobre la vez en que, después del accidente de Aura, Goldman estaba caminando por su barrio de Brooklyn y vio a una anciana parada en una esquina esperando que cambiara la luz del semáforo. Goldman se dio cuenta entonces de que Aura nunca iba a envejecer y nunca iba a poder mirar hacia atrás, a lo vivido. Goldman describe esta imagen como una “bomba silenciosa”.

Cuando yo salí del hospital, no soportaba ver a un bebé. Apenas un mes antes de que me internaran, caminaba cerca de las vidrieras y contemplaba orgullosa el reflejo de mi panza, un modesto perfil, ya que el bulto nunca llegó a ser muy prominente. Luego de recibir el alta, caminaba por la calle y las vidrieras me devolvían un perfil chato. Les pasará a todas las madres después de parir, pensaba yo, pero esas madres tendrían algún tipo de artefacto colgado de los hombros o conectado a las manos, un fular, un cochecito, algo que cargar o empujar. Yo no, nada que contemplar más que mi propia imagen sin apéndices. Y si veía a madres con bebés aproximándose, cruzaba a la vereda de enfrente. También evitaba los parques y ciertas zonas del barrio, como las escuelas en horario de fin de clases, en las que la densidad de bebés y niños pequeños era alta – campos minados con bombas silenciosas.

A medida que pasaban los días y las semanas, los bebés más grandes eran los que más me molestaban. No sentía ternura hacia ellos, sino rabia. Nunca iba poder alzarlo. Nunca iba poder darle la teta. Nunca iba a poder usar las lindas y modernas ropitas de bebé que tenía guardadas – naranja, verde, amarillo eran los colores de moda. Me las habían regalado un grupo de amigas de mi mamá, adoradoras de cualquier cosa que se estile hacer en Estados Unidos, que organizaron un *baby shower* anticipado unos días antes de la fecha en la que yo se suponía regresaría a mi casa de New Jersey con el plan de terminar mi disertación antes de la fecha de parto. Nunca iba a poder enseñarle a pelar una naranja – por alguna razón estaba particularmente obsesionada con la idea de que un niño debe aprender a pelar su propia naranja. Nunca iba a poder leerle un cuento a la noche, ni empujarlo en la hamaca, ni enseñarle a agarrar una ola o que él me enseñara a mí. Nunca iba a poder ir a buscarlo a la salida de la escuela, como esas madres que esperaban a sus hijos mientras fumaban y charlaban entre ellas, quejándose de sus vidas tan duras y estresantes.

Lo que más me impactó cuando leí por primera vez “The Wave” y luego de nuevo, al avanzar sobre *Say Her Name*, es lo que cuenta Goldman sobre su optimismo durante el vuelo en el que llevaban a Aura desde Oaxaca a un hospital en la ciudad de México. Aura empezó a mostrar signos vitales favorables y Goldman sintió que las cosas iban a tomar un rumbo positivo. Pero luego, apenas aterrizaron y esos signos comenzaron a declinar, todo se dio vuelta. “No puedo ahora decir si estoy agradecido por esos últimos momentos de esperanza y alivio o si siento que fui cruelmente engañado”, escribe Goldman. A pesar de que sabemos

desde el principio que la historia tiene un final trágico, como lectora no puedo evitar sentirme esperanzada como él cuando parece que el estado de Aura va mejorando. Es fácil olvidar que uno está leyendo un libro de memorias. ¿O acaso no es eso lo que leemos? La contratapa del libro no lo dice, pero tampoco dice que sea una obra de ficción. La solapa explica que las cosas que se narran le pasaron al escritor Francisco Goldman. Y sin embargo, cuanto más entramos en la historia, más parecen diluirse los límites entre ficción y realidad. Para mí, Aura y Goldman son a veces personajes literarios flotando en una dudosa niebla de realidad y, otras veces, personajes completamente reales atravesando un reino de ficción mágico e inquietante. Es ahí donde reside la profunda verdad de su historia.

Se me cae el alma cuando me entero de que Aura tuvo dos ataques cardíacos esa noche en el hospital de ciudad de México, que entró en coma y murió el 25 de julio de 2007.

- - -

Veinte días antes de eso, el 5 de julio, Eliseo nació y finalmente pude caminar y recorrer el hospital que apenas había visto cuando me internaron, una noche fría y sin luna, un mes antes. Con mi libertad recuperada, los primeros ruidos de la mañana retumbando contra los pasillos largos y sombríos del sanatorio constituían un extraño recordatorio de que, más allá de las paredes de la unidad de neonatología donde había estado internada, la vida continuaba. Si bien no había estado enferma sino embarazada, todo lo que se me permitía comer en el hospital era una insípida sucesión de caldo de gallina desgrasado con verduras recocidas y, con suerte, un puré de papas viscoso con un trozo de carne seca como suela de zapato. Mi mamá me traía platos nutritivos y ensaladas, pero a la nutricionista del hospital se le había metido en la cabeza la idea absurda de que la comida cruda me podía hacer mal. Yo en realidad me moría por un poco de café y comida chatarra, así que esa mañana le dije a mi hermana que bajara conmigo a la cafetería. Le eché un vistazo al menú y pedí un sándwich de jamón y queso y un café, sintiéndome valiente, como si estuviera cometiendo una gran travesura. Me dieron dos pedazos de pan seco, gruesos y dulzones, con apenas un trozo de queso y una sospechosa tajada de jamón verdoso, pero yo estaba en el paraíso. Terminé el café, aparté los platos y saqué una lima del bolsillo: “Hace días que quería hacer esto”, le dije a mi hermana mientras empecé a limarme las uñas. En mi cuaderno rojo de la Mujer

Maravilla, había escrito: “Tengo que limarme las uñas para no rasguñarlo a Eliseo cuando lo tenga en brazos”.

Nunca lo tuve en brazos.

Cuando volví a subir las escaleras hasta la unidad de neonatología, con los ecos de mi incursión al mundo real todavía resonando en mis oídos, la médica de turno se me acercó. No me gustó nada la expresión de su cara. “Las cosas no están yendo bien”, dijo. “Eliseo no puede respirar por sí mismo. Tiene un problema de membrana hialina, bastante común en bebés prematuros, y está en peligro respiratorio. Seguiremos trabajando con él un poco más. Pero debo decirte que aun si conseguimos salvarlo, podría quedar ciego o severamente discapacitado”.

¿Cuánto era un poco más? ¿Y qué me importaba si terminaba con problemas serios con tal de que viviese?

Ahora sé que yo me había aferrado a un infundado optimismo a pesar de las estadísticas desalentadoras que los médicos habían citado una y otra vez durante esas semanas. Lo que el corazón siente no es lo mismo que lo que la mente piensa. Y el rumbo de nuestras vidas no se organiza en torno a estadísticas.

Cuando empecé a tener complicaciones al principio del segundo trimestre de mi embarazo, mi mamá me había dicho que todo iba a salir bien: Ya habíamos tenido la muerte de un bebé en la familia cuando mi hermana Carola murió a los diecisiete meses de edad. “El destino es más bondadoso que eso. Ya nos sucedió una vez y no nos va a volver a suceder”, me dijo.

Se equivocó.

¿Cómo me podía haber atrevido a tomar un café y limarme las uñas como si mi hijo no se estuviera muriendo unos pisos más arriba?

- - -

Durante esa semana en Malvinas, en diciembre de 2006, filmé unas diez horas de material en crudo: entrevistas y conversaciones ocasionales con los dos excombatientes, Carlos y Dacio; una larga caminata desde el pueblo hasta el viejo aeropuerto al que ellos

habían sido enviados veinticinco años antes, en abril de 1982; una visita al monte Dos Hermanas, en el que pasaron la mayor parte del tiempo esperando el ataque enemigo y viendo a otros conscriptos de dieciocho años, como ellos, sucumbir bajo la artillería británica; momentos espontáneos tomando una cerveza al final de un largo día o bailando con un par de soldados británicos borrachos en sus barracas.

A pesar de la falta de micrófonos apropiados, del viento soplando sin pausa y de mi mano a menudo vacilante, hubo algo mágico en esa filmación, al punto de que terminó ocupando una parte importante en el documental *La forma exacta de las islas*, que hicimos con mis amigos Edgardo Dieleke y Daniel Casabé y estrenamos años después, en 2014. La película estaba pensada primero como la historia de los dos excombatientes y las secuelas de la guerra de Malvinas, pero rápidamente fue cambiando a mi historia como futura madre soltera, investigadora y estudiante de doctorado y a las secuelas de mi viaje. Más tarde tuvimos que descartar todo el material en el que yo hablaba, embarazada y feliz, acerca de la nueva y emocionante situación en la que me encontraba después de mi viaje (incluso hasta habíamos filmado aquel *baby shower*). Repensamos la película completamente. Esto requirió un segundo viaje a las islas, en 2010, con un equipo completo de filmación. Esta vez se trató de mi regreso a Malvinas. Finalmente, *La forma exacta de las islas* es la historia de esas islas por las que pelean diferentes poderes, el dolor y el trauma de los excombatientes y mi propio dolor y trauma.

Hay solo una escena en todo el material que capturé en aquel primer viaje en la que yo me filmo a mí misma. Estoy bailando frente a un espejo, Carlos detrás de mí. Esto sucede poco después de que Carlos relate frente a mi cámara el momento en que uno de los soldados de su pelotón murió en sus brazos. Se llamaba Ramón Orlando Palavecino y era de la provincia del Chaco. Tenía dieciocho años, como Carlos. La escena del espejo es el modo en que la película, de manera cuidadosa y contenida, muestra que existe una relación entre Carlos y yo. Al público se le dan claves suficientes como para suponer que Carlos es el padre de Eliseo. La película no dice nada más sobre nuestra relación y no hay nada explícitamente íntimo ni abiertamente sexual porque todos sabemos cómo se hacen los bebés, a veces deliberadamente, a veces de manera fortuita. A veces nacen del amor y de las ganas de construir una familia. Otras veces nacen porque dos personas combaten a Tánatos – la pulsión

de muerte, la pulsión de destrucción y aniquilación, la pulsión que siglo tras siglo ha hecho posible que los adultos manden a sus hijos a morir en la guerra – por medio de Eros – la pulsión de deseo y el sexo, productora de vida, una pulsión de sobrevivencia capaz de duplicar el mundo tal como lo hacen los espejos.

Nunca hablé con Carlos después de la muerte de Eliseo. No sé cómo habrá sentido el haber resignificado un lugar de pérdida concibiendo allí una nueva vida, para que luego esa vida también se pierda.

- - -

Varias personas habían venido a visitarme al hospital ese día 5 de julio. Al principio, las caras que aparecían eran felices – ojos y sonrisas que celebraban la llegada de una nueva vida al mundo. Pero apenas la situación fue cambiando, esos gestos se volvieron tensos – ojos y sonrisas asistiendo a un funeral.

Nunca me puedo acordar quién vino y quién no. Había un amigo de la secundaria, Sebastián, que según mi diario vino a visitarme unos pocos días antes del parto, pero ahora mi memoria lo ubica junto a mi cama en un lapso de pocas horas después de que naciera Eliseo. No habíamos sido demasiado cercanos durante la adolescencia, a pesar de que teníamos muchas cosas en común. Apareció de sorpresa en el hospital después de haberse enterado por otro amigo de que yo estaría allí internada por un tiempo indefinido. Me trajo una de esas lámparas de lectura que se enganchan al libro y que me permitía leer después del toque de queda de las 10 de la noche. Solo volví a ver a Sebastián una vez más, poco después de salir del hospital, en un concierto de *Pequeña orquesta de reincidentes* cerca de la casa de mi infancia. Me regaló un CD de la banda, que él conocía muy bien y yo escuchaba por primera vez. Menos de dos años después, Sebastián se golpeó la cabeza contra una roca mientras surfeaba en Brasil y murió. Su pareja estaba esperando un bebé.

Estoy segura de que una de las amigas de mi madre, la misma que me dijo que había visto mi aura blanca, estaba allí ese 5 de julio. Me contó que tenía un amigo psíquico capaz de hacer predicciones trabajando con un péndulo. Ese amigo le había dado algunos consejos por teléfono y le había dicho que, según el péndulo, todo iba a andar bien. Sin embargo, al

amigo le parecía que el nombre Eliseo no era una buena idea: “¡Demasiado pesado! Ese bebé necesita algo más liviano”. Por supuesto que este desconocido no tenía idea de cuáles eran mis razones para haber elegido ese nombre. Yo lo había tomado de un libro hermoso de poemas que su autor, el poeta Mario Montalbetti, me había regalado unos meses antes, cuando yo andaba visitando campus universitarios para entrevistas de trabajo, secretamente embarazada. El libro se titula *Llantos Eliseos*, un juego de palabras con los Campos Elíseos. Montalbetti le había dedicado el libro a su hijo, Eliseo, que creo era un bebé cuando su padre empezó a escribirlo. Algunos de mis amigos se oponían a esa elección a causa de que el nombre, ciertamente muy poco usual, les recordaba a un director de cine no muy *cool* de la generación de mis padres. Pero cuanto más se resistían los otros, más defendía yo el nombre.

Mi embarazo se había convertido en un foro abierto para amigos de los dos hemisferios y de cada lado del Atlántico. Las redes sociales casi no existían todavía, de modo que todo pasaba por teléfono, por email o en conversaciones en vivo. Eliseo había sido declarado “El bebé del pueblo” y, dado que yo no tenía pareja con quien compartir la alegría, me parecía bien compartir con las masas detalles de uno de los eventos más importantes de mi vida.

Desesperada por aferrarme a alguna esperanza a medida que el estado de Eliseo se volvía más inestable, seguí el consejo del amigo de la amiga de mi madre y agregué el nombre “Valentín” – fuerte y valiente pero bastante “liviano” – al lado de “Eliseo” en una tarjeta que coloqué cerca de todos los cables y la parafernalia que rodeaba su incubadora. ¿Lo habían cubierto con una funda plástica, como esas comidas que en Estados Unidos llevamos a las reuniones *potluck*? ¿O es que mi memoria me engaña otra vez? ¿Estoy mezclando su imagen con las descripciones de otros bebés prematuros cuyas historias conocí más tarde? Sí estoy segura de que estaba conectado a mil cables y monitores. No me dejaron tenerlo en brazos, pero sí podía tocarle las manos y los pies. En cierto momento, me dijeron que no entrara más a la sala porque cada vez que yo aparecía su corazón empezaba a latir más rápido. No había podido tenerlo en brazos tampoco después del parto porque se lo llevaron enseguida, a pesar de que sus primeros llantos eran vigorosos y todos sus signos vitales positivos. Hasta hoy me pregunto si esa separación tan rápida fue necesaria. ¿Se habrá sentido abandonado en su conciencia de recién nacido? ¿Le habrá parecido hostil el ambiente en el que pasó el último

mes antes de salir al mundo? ¿Había suficiente agua en esas “aguas rotas”? ¿De haber sido capaz de gritar, habría gritado “Mamááá” como grité yo quince años antes cuando la ola aquella se retiraba?

La última vez que lo vi con vida, Eliseo tenía un agujero en la tráquea con un tubo que salía. Los restos del último intento de los médicos de mantenerlo con vida habían quedado en la incubadora, como olvidados por descuido: un pedazo de gaza, una jeringa sin aguja, un pedazo de tubo plástico.

Una vez que dejaron de hacerlo respirar me preguntaron si quería verlo tal y como estaba o si prefería que lo vistieran con la ropa que yo tenía preparada para el nacimiento. Una decisión imposible.

Despacio, entré a la habitación llena de incubadoras y lo vi acostado en la suya. Los restos de todo ese trabajo infructuoso ya no estaban. Tenía los labios separados con la punta de la lengua sobresaliendo un poquito.

Cuando mi padre inició la serie de trámites burocráticos en el hospital, en el registro civil, en la morgue y en el crematorio, lidiando simultáneamente con certificados de nacimiento y de muerte y con un papeleo inexplicablemente engorroso, el nombre que inscribió fue Eliseo Vitullo. Me alegra que haya sido así porque ese otro segundo nombre no había sido más que un manotazo de ahogada y, si hubiera quedado asentado de manera oficial, habría sido un innecesario recordatorio de que, en momentos de desesperación, nos dejamos engañar por cosas en las que no creemos: amigos de amigos, embustes New Age y péndulos.

Cinco años más tarde cuando Martín, el hermano de Eliseo, tenía tres años, tuve que explicarle por qué un osito de peluche llamado Tomás, que estaba siempre en un estante de su cuarto, tenía que ser tratado con mucho cuidado: “Por favor, bebote, no le tires de la pata a Tomás porque se va a volver a descoser”. Martín había comenzado a hacer preguntas sobre su hermano y, a pesar de mis esfuerzos por tratar el tema con naturalidad y no permitir que la muerte de ese bebé se convirtiera en una carga en la vida de Martín, la presencia de Eliseo ya había adquirido una magnitud importante en su imaginación. Siempre tuve miedo de transmitirle a él mi dolor de la misma manera que mi madre me transmitió a mí su dolor por la muerte de mi hermana Carola. Hace no mucho tiempo, sin embargo, comprendí hasta qué

punto Martín había transformado a Eliseo en un personaje de su propia creación. Me llevó un tiempo darme cuenta de que, para Martín, el nombre de ese hermanito mayor no era Eliseo sino Iseo. Él siempre me oyó hablar de El-iseo y, mientras iba adquiriendo su español materno en paralelo con el inglés paterno, separó el nombre del artículo, como si hubiera redescubierto los vestigios de un nombre árabe que entró a España durante la Reconquista.

- - -

Antes de que mi mundo quedara tambaleando a causa de esas aguas rotas, yo había aceptado una oferta de trabajo en Oregon State University. Viajé a Buenos Aires para pasar el segundo trimestre de mi embarazo en mi ciudad natal, cerca de mi familia, mientras terminaba mi tesis. Ese 2 de abril se cumplían veinticinco años del comienzo de la guerra de Malvinas y quería estar allí para asistir a los actos de conmemoración. Mi plan era volver a New Jersey dos meses después, con tiempo de sobra para esperar la fecha de parto prevista para principios de septiembre y luego mudarme con el bebé al departamento de dos dormitorios que ya había alquilado para octubre en el pueblo de Oregón donde iba a empezar a trabajar.

Pero nada salió como esperaba y la vida se volvió insoportable.

Recuerdo algo extraño que pasó cuando volví del hospital y fui a quedarme al departamento de mis padres. En el baño de visitas, apenas encendí la luz tenue, una enorme cucaracha alada cayó al lado de mi pie. Incapaz de matarla porque les tengo una fobia indecible a esos insectos, oí el sonido arcaico de su caparazón resistente a los apocalipsis chocando contra la baldosa en su caída libre desde quién sabe qué alturas. Y grité. Grité otra vez y salí del baño lo más rápido que pude. ¿Una cucaracha inmensa y alada en Buenos Aires en invierno? Una afrenta contra mi persona. Un complot. O pura mala suerte, quizás.

Grité mucho durante aquellos días. También hablé mucho sobre mi mala suerte. Alguien me recomendó que fuera enseguida a ver a una psicóloga para sentirme acompañada en ese momento tan difícil y la psicóloga me recomendó que me tratara con ella y con uno de sus compañeros de equipo. Nunca supe por qué, si porque sus formas de trabajo se complementaban o porque con un solo psicólogo no alcanzaba.

Y en eso sucedió algo mágico: el 9 de julio, tres días después de salir del hospital y mientras el país celebraba el Día de la Independencia, Buenos Aires se cubrió de nieve. En toda la historia de la ciudad, era esa la tercera vez que se tenía registro de una nevada y la primera vez en 89 años que la nevada ocurría un 9 de julio. Las parejas se besaban e iban de la mano comentando. La gente se empezó a juntar en las plazas, riendo y festejando, sin ninguna experiencia en ese tipo de materias meteorológicas y no sabiendo muy bien qué hacer con la alfombra blanca que comenzaba a formarse sobre cada bloque de cemento y cada cantero. La luz de la noche rebotaba sobre el blanco de la calle y la ciudad se pintaba de un color que yo jamás había visto en Buenos Aires. En los bordes de los autos estacionados, en el hierro de las alcantarillas, encima de los toldos y carteles de los negocios se iban formando esculturas blancas en miniatura. El aire se respiraba fresco y blanco.

Esta venía a ser la parte linda del sueño del que me iba a despertar sólo para recordar que ahora mi vida era una pesadilla.

Muchas veces me pregunté si habría sido más fácil si hubiese tenido una pareja con quien compartir el dolor. Hace un tiempo escribí una obra de teatro corta en la que, año tras año, un matrimonio vuelve a representar el día de la muerte de su bebé como una manera de aliviar su pena y su culpa. Pero cada uno de ellos lleva una carga que parece ser propia e individual. No creo que compartir la pena con la persona que amás necesariamente vaya a reducir el dolor. Pero si dos personas están juntas al atravesar la pérdida de su vástago, como los personajes de mi obra, seguro que el amor que sienten uno por el otro debe de entrar en una nueva dimensión.

- - -

Sin los avances de la medicina moderna, tal vez yo no solamente no hubiera sobrevivido a mi primer embarazo, sino que no hubiera podido llevar adelante el siguiente hasta un admirable término de treinta y cinco semanas y convertirme en la madre de un niño saludable. Cuando a principios de diciembre de 2009 Martín anunció que también llegaba prematuro, estuve relativamente tranquila. Todavía me sorprende de lo confiada que estaba en que todo iba a andar bien, dado que la estadística no había estado de mi lado la vez anterior.

Yo me hallaba otra vez en Buenos Aires, pero esta vez mi nueva pareja y yo habíamos planeado el embarazo y contratamos un plan de salud prepago. Cuando, después del primer contacto piel a piel, se lo estaban llevando a Martín para hacer todo lo que hacen con los recién nacidos, entré en pánico. No recuerdo haber dicho nada, pero la médica que vino a buscarlo debe de haber visto mi cara, porque se me acercó y me dijo: “Julieta, no te preocupes, Martín no es Eliseo, es otro bebé”. Yo quedé desconcertada. ¿Cómo me conocía esa persona a mí, a Eliseo? Su cabello estaba cubierto y llevaba una mascarilla, de modo que no podía ver sus facciones. Le pregunté cómo me conocía y me dijo que ella había estado en el otro hospital aquella vez. Este lugar donde estaba ahora era una de esas hermosas clínicas privadas en las que los buenos médicos trabajan después de haber pasado parte de su tiempo en aquel otro edificio ruinoso. La recordé de inmediato: era la neonatóloga que vino a darme la noticia sobre la inestable condición de Eliseo esa mañana cuando yo volvía de limarme las uñas en la cafetería.

Antes de los adelantos de la medicina, las mujeres sufrían esa clase de pérdidas en mucho más alto porcentaje. Estar embarazada y dar a luz implicaba un considerable riesgo de muerte para la madre. Los abortos y las muertes prematuras de los niños probablemente eran vistos de un modo diferente al de hoy. Dudo que esto signifique que las mujeres no sufrían el dolor de esas pérdidas o lo sufrían menos. Algunas mujeres deben de haber llorado en silencio, mientras otras tal vez eran declaradas locas cuando en realidad sólo expresaban el duelo por la muerte de sus hijos.

Yo sentí que estaba viviendo en otro lugar y en otra era cuando, después del nacimiento de Eliseo, me dejaron volver a la habitación de las embarazadas para descansar un rato y una extraña aparición se materializó al pie de mi cama. Abrí los ojos en mitad de mi siesta y entre mis pestañas se dibujó la silueta de una monja. Estaba vestida toda de blanco y llevaba un crucifijo de madera colgado del cuello. Tenía un libro en la mano, supongo que una biblia. Me miraba atentamente mientras murmuraba una oración. No creo en la religión y nunca fui a misa, pero su presencia sigilosa y extraña, como salida de un sueño, me trajo paz. Durante mucho tiempo creí haberlo soñado, pero ahora pienso que la monja era real y estaba ahí para darle la extremaunción a esa parte de mí que iba a morir 24 horas después.

Poco después de mi vuelta a New Jersey desde las Malvinas, mi amiga Macarena y yo volamos a la península de Yucatán, en México. Teníamos diez días antes de que las clases en la facultad empezaran de nuevo y queríamos tomar sol y relajarnos en las playas blancas y las aguas turquesas de Tulum, rodeadas por los restos de la única ciudad que los mayas construyeron en la costa. Yo sospechaba que podía estar embarazada. Eso me había preocupado desde el primer momento, pero había decidido no tomar la pastilla del día después y dejar que las cosas sucedieran. Había comprado un par de test de embarazo y hasta entonces habían dado negativo. Fue recién al volver de ese viaje, que una prueba de sangre confirmó mi estado.

Un día, Macarena y yo y un par de amigos locales fuimos a ver uno de los muchos cenotes que abundan en la rivera maya. Los cenotes son huecos profundos que se producen cuando rocas de piedra caliza colapsan y dejan al descubierto las aguas profundas ubicadas debajo. Se supone que se formaron como consecuencia del impacto de un meteorito a fines del período cretáceo, el mismo meteorito que habría sido responsable de la extinción de los dinosaurios. Eran lugares sagrados para los mayas y hoy en día son muy visitados por los turistas, pero esta era mi primera vez en México y yo nunca había oído hablar de los cenotes. Parada sobre una roca, contemplé ese cuerpo de agua redondo como un vientre, absorbiendo los ruidos crípticos de la selva. Me zambullí y algo me estremeció: un elemento sin color ni olor, ni seco ni húmedo, ni frío ni caliente, ni suave ni áspero. Nunca antes había sentido algo así y no tenía puntos de referencia para describir los atributos de esas aguas, pero no importaba. Me quedé flotando y dejé que esa sustancia me acunara, permitiendo que mis pensamientos se remontaran a un momento previo a todo pensamiento. Salí del agua y me senté en una roca, dejando que su calor – algo que sí conocía – absorbiera el agua de mi piel. Observé las ondas, hipnóticas y sutiles, creadas por esos movimientos prehistóricos de los ríos subterráneos.

Y entonces lo vi: estaba yo caminando por una playa rocosa en una tarde fría de lluvia con un niño de la mano. No podía ver la cara del niño ni la mía, pero sabía que el niño era mío y que yo era yo. El niño tenía una bufanda verde que se destacaba sobre el gris plomizo de las inmensas rocas y el fondo azulado de un océano indómito que no podía ser otro que el

Pacífico. La visión no duró mucho, pero fue vívida y real. Pronto salí de ese trance al que el cuerpo del cenote me había inducido y, si bien nunca había visitado Oregón, las formaciones rocosas de esa visión me recordaron fotos que había visto. Yo no sabía dónde iba a estar el año próximo, pero me había postulado para un trabajo en ese estado del noroeste y ya me habían llamado para una primera entrevista por Skype, que tendría apenas regresara a New Jersey.

Finalmente recibí una oferta de trabajo en la universidad de Oregon State y no me mudé allí con mi hijo sino sola. Sin embargo, durante los meses de mi embarazo, estaba convencida de haber tenido una visión de mi futuro: el chico con la bufanda verde era Eliseo y los dos íbamos caminando por la costa rocosa de Oregón.

Para encontrarle una explicación a esta imagen, podría pensar que el agua tenía propiedades estimulantes que excitaron mi imaginación, o que la marihuana que nos dieron nuestros amigos era extraordinaria. Sin embargo, prefiero pensar en un universo paralelo. Escribo esto justo un día antes de llegar a la parte de *Say Her Name* en la que Goldman cuenta que él y Aura visitaron los cenotes cuando fueron de vacaciones a Tulum y se refiere a ellos como pórticos. A esta altura ya me he acostumbrado a sentir, experimentar, pensar y escribir cosas que luego el libro de Goldman me recuerda, y he empezado a tomarme estas coincidencias con naturalidad. Quiero creer que sí, que tal vez los cenotes son pórticos hacia otros universos.

Universos en los que yo estoy, de verdad, viviendo en Oregón con Eliseo.

Universos en los que Aura y Francisco viven en su departamento en Brooklyn con sus hijos.

Universos en los que Juanita, la madre de Aura, nunca pierde a su única hija frente a la furia de una ola.

Universos en los que mi madre nunca ve morir a mi hermana Carola.

O universos en los que a Ramón Palavecino, el amigo de Carlos, nunca lo mandan a morir en una guerra tan lejos de casa.

Universos en los que yo conozco a Aura.

Y ella conoce a Eliseo.